

JOHN GIBLER

La tierra de Vallejo

Un diario de viaje

A quien hoy lea a César Vallejo

éste es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala

César Vallejo,
«Epístola a los transeúntes»

«Porque a despecho de las apariencias, el museo, históricamente, no siempre fue un lugar de acogida sin condiciones de los múltiples rostros de la humanidad considerada en su unidad. Por el contrario, habrá sido, desde la Edad Moderna, un poderoso dispositivo de segregación. La exhibición de las humanidades sometidas o humilladas siempre obedeció a algunas reglas elementales de la herida y de la violación. [...] Por otra parte, una de las funciones del museo también habrá sido la producción de estatuas, de momias y de fetiches, justamente objetos privados de su hálito y devueltos a la inercia de la materia».

Achille Mbembe,
Políticas de la enemistad

Trujillo, Perú
28 de diciembre de 2018

Llegué a Trujillo el 26 de diciembre en la noche. Tomé un taxi de la terminal hasta el hostel Munay Wasi. Alquilé una habitación privada para una persona con baño compartido. Eran las once de la noche. Cené en la chifa de enfrente y me dormí.

Me levanté a las siete del día siguiente. Preparé un café en la cocina del hostel. Leí una hora y media y luego salí a caminar un poco, conocer el centro de la ciudad y buscar una cafetería donde tomar otro café y leer. Como pretexto de la caminata buscaba librerías de viejo. En el camino vi una pequeñísima «feria de libros» al lado de una también muy pequeña plaza (la plazuela El Recreo). La feria consistía en tres o cuatro vendedores con unas cuantas mesas de plástico bajo un toldo. Revisé los libros de un lado y me metí en una librería de libros de Derecho que a la vez funcionaba como centro de fotocopias. Entré para imprimir, firmar y escanear unos documentos para una revista donde había mandado una pequeña colaboración.

Le pregunté al hombre que trabajaba ahí si me podía recomendar alguna librería de libros de viejo.

—Ahí está la feria de libros —me dijo.

—Sí, ya la vi —le dije—. ¿Alguna otra librería de libros usados?

Me dio direcciones a un lugar a unas diez cuadras. Fui, pero eran puros vendedores de libros piratas. Interesante, pero no lo

que buscaba. Volví a la pequeña plaza y revisé los libros que estaban del otro lado de las mesas. En una esquina había algunos libros viejos que se veían interesantes. Dos hombres canosos estaban sentados en la sombra del toldo ahí conversando. Uno de ellos me preguntó de pronto: «¿Qué buscas?».

—Antiguas ediciones de los libros de César Vallejo, y también libros sobre él —le dije—. Y literatura peruana en general.

Al nombrar a Vallejo se interesaron. El otro hombre me preguntó: «¿De dónde eres?».

Siempre me cae mal esa pregunta. Sea por que me cae mal haber nacido en un lugar ahora llamado los Estados Unidos de América, sea por que me molesta la velocidad con que alguien quiere definir a una persona desconocida por el lugar donde nació, sea porque yo no quiero ser identificado con el lugar donde nací sin por lo menos tener la oportunidad de posicionarme en contra de la cultura política dominante de ese lugar, sea por que básicamente todo lo que tiene que ver con mi infancia y mi adolescencia me da entre rabia y vergüenza, sea por la razón que sea, me cae mal cuando alguien dispara esa pregunta en los primeros instantes de una conversación, pero ni modo.

—Yo soy de los Estados Unidos, pero vivo en México —les dije.

Empezamos a conversar. El hombre que me preguntó de dónde era me dijo que él era poeta y el otro hombre me dijo su nombre: Alberto Alarcón.

Alberto me preguntó qué hacía en Trujillo y le dije que había venido a conocer la tierra de Vallejo.

—Vallejo vivió en Trujillo —me dijo—. ¿Ves ese balcón en frente? Ahí Vallejo recitó poemas suyos aun antes de publicarlos en el periódico. Y ahí en la otra esquina está el café-bar donde él se reunía con los bohemios. Ahora es una pollería.

—Ahí iba siempre Vallejo —dijo el otro hombre—. Ahora no tienen ni una foto de Vallejo adentro.

Me preguntaron a qué me dedico y les dije que soy periodista y escritor (nunca he sido capaz de decir «soy poeta» aunque, en el sentido vallejiano de la palabra, es la única cosa que he querido ser). Me preguntaron si tenía «libros publicados» y les dije que sí. Alberto empezó a nombrar los poetas estadounidenses que le gustan: Walt Whitman, Emily Dickinson, y Raymond Carver. Mientras el otro hombre (todavía no había escuchado su nombre, ni se me había presentado tampoco) se paró y se fue a revisar unos libros en otra mesa. Regresó y me pasó una copia original de *El proceso Vallejo* de Germán Patrón Candela, publicado por la Universidad Nacional de Trujillo en 1992. Me emocioné y lo empecé a revisar. El hombre sacó su celular y marcó un número.

—Hola. Soy Christian. Estamos aquí en la feria de libros con un amigo que ha venido aquí desde México, es americano, pero vive en México, y ha venido a conocer la tierra de Vallejo. Te lo paso. —Y me pasó su celular diciendo—: Es un estudioso de Vallejo.

Tomé el teléfono y saludé a la persona en la línea. ¿Qué se puede hacer en esas circunstancias? Pues lo invité a tomar un café y quedamos para vernos en la feria de libros a las diez de la mañana del día siguiente. Pasé el teléfono a Christian quien en seguida marcó otro número. Me pasó su celular nuevamente diciéndome: «Es el padre Víctor Hugo, presidente del Instituto César Vallejo». Lo saludé y lo invité a tomar un café igual a las diez de la mañana «con otros amigos».

Seguí conversando un rato con Christian y Alberto. Me comentaron varias cosas más sobre el tiempo que Vallejo pasó en Trujillo. Le compré a Christian el libro sobre el proceso contra Vallejo y me regaló un afiche con un facsímil de una carta que Vallejo le escribió a José Carlos Mariátegui. Luego Christian me invitó a una reunión a las seis de la tarde con personas de «un grupo de Facebook» interesadas en la historia de Trujillo. Me dijo que era una especie de esfuerzo de revivir las reuniones de la bohemia, los intelectuales y los artistas de antes. Le dije que intentaría llegar a las seis.

Volví al hostal a leer. Comencé el libro *César Vallejo: Vida y obra* de Luis Monguió que había comprado días antes en Amazonas, el gran mercado de libros usados en Lima.

Volví a la feria unos minutos después de las seis y saludé a Christian. Me dijo que esperáramos unos minutos antes de irnos. Revisé unos libros en la mesa y luego nos fuimos. La reunión estaba en El Rincón Vallejo, un restaurante en el edificio del antiguo Hotel Los Arcos (luego Hotel Carranza) donde vivió un tiempo Vallejo hace poco más de cien años, cuando fue estudiante de Letras en la Universidad Nacional de Trujillo.

Mientras caminábamos y conversábamos de la política peruana, en algún momento, Christian dijo: «Una vez me preguntaron: ¿Qué es la democracia? Les dije que era el sistema político donde tenemos la oportunidad de elegir libremente a quienes nos van a robar». En diciembre del 2018, todos los expresidentes vivos del Perú estaban o en la cárcel, prófugos con órdenes de extradición, o buscando asilo político mientras enfrentaban acusaciones de corrupción. Christian los nombró uno por uno a todos los expresidentes peruanos de los últimos treinta años y sus diferentes situaciones jurídicas.

Llegamos al Rincón Vallejo y Christian me señaló la habitación donde rentaba Vallejo hace más de cien años. Entramos al restaurante. Había tres personas en la «reunión». Estaban esperando a los demás, decían. Nos sentamos y seguí conversando con Christian. Me dijo que es «el autor de ocho libros publicados»: «una historia de Trujillo en cinco volúmenes, una crónica de viajes en dos volúmenes» y un libro que se llama *César Vallejo didáctico*. También me dijo que había sido profesor, periodista, propietario de una tienda de discos compactos («A mí me fue muy bien en los años de Fujimori») y gestor cultural. Había hecho todo eso antes de dedicarse, ahora, a vender libros usados por Internet y al aire libre en «ferias» locales. Nació en Chiclayo. Llegó a Trujillo en 1983 a estudiar. Estaba estudiando Educación en la Universidad Nacio-

nal de Trujillo cuando se casó. Empezó a vender discos cuando le faltaba un semestre. También vivió un tiempo en San Francisco, California, en la calle Leavenworth.

Mientras escuchaba todo esto y le hacía preguntas, pensaba: qué interesante es este tío.

La «reunión» no fue lo que Christian había pensado. Tomamos un jugo, conversamos entre nosotros y nos fuimos a eso de las ocho. Regresamos caminando a la plazuela El Recreo. Después de conversar ahí un par de minutos más, me despedí. Fui al Museo Bar Café y seguí leyendo el libro de Monguió. Volví al hostel y seguí leyendo hasta dormir a eso de las 23:30.

EL DÍA siguiente —el 28 de diciembre— me desperté de una pesadilla a las 6:30. Estaba cautivo en una especie de campo de concentración tramando mi fuga cuando de repente vi que algunos hombres estaban disolviendo cuerpos en ácido. Un instante después vi llegar corriendo decenas de niños y niñas con uniformes escolares seguidos por todo tipo de adultos, todos corriendo. «Ya empezó la fuga», pensé. «Pero no sabía que había tantas personas cautivas aquí».

—¡Corran, corran! —alguien gritaba—. ¡Viene un tsunami!

Corrí a mi cuarto (pero era el cuarto de hotel donde estaba durmiendo), agarré mi mochila y buscaba desesperadamente mis libros de Vallejo, pero no los encontraba. Sabía que si no corría me iba a morir, pero seguía buscando los libros y en eso me desperté.

Me quedé acostado, despierto una media hora y luego bajé a la cocina para llenar mi termo con agua caliente para café. Subí, preparé el café en mi habitación y terminé de leer el libro de Monguió. Desayuné y me fui a la feria de libro.

Intenté no llegar demasiado puntual al encuentro con Christian y los estudiosos de Vallejo. Habíamos quedado a las diez y yo llegué a eso de las 10:15. Christian me saludó con una sonrisa. A mí

también me dio gusto saludarlo. Me dijo que esperáramos un rato al estudioso. «La hora peruana», me dijo, sonriendo nuevamente.

—Claro —le dije—. No hay prisa.

Me quedé revisando los libros en la mesa mientras Christian saludaba a medio mundo que iba pasando. En un momento me presentó «al director de un importante diario», le dijo al señor que yo había venido a conocer la tierra de Vallejo e inmediatamente nos dejó para saludar a otra persona. El director me miró y dijo: «¡Ah! Vallejo». Luego señaló el balcón en frente y dijo: «En ese balcón, ese balcón ahí en frente, César Vallejo recitó por primera vez en 1930 “Los heraldos negros”». Lo miré con todo mi esfuerzo de poner una cara de póquer porque no tenía la mínima gana de decirle al director «de un importante diario» que César Vallejo se fue del Perú en 1923 y jamás volvió. El poema que Vallejo recitó desde ese balcón en el año 1915, según su amigo Juan Espejo Asturrizaga, fue «Primaveral». En su libro de memorias y documentos sobre Vallejo publicado en Lima en 1965, *César Vallejo: Itinerario del hombre*, Asturrizaga escribe: «El 23 de setiembre, en el desfile escolar celebrando la Fiesta de la Primavera, César A. Vallejo declama, desde un balcón, frente a la placita O’Donovan, su poema titulado “Primaveral”, compuesto de 18 cuartetos en versos endecasílabos que publica *La Reforma* en su edición del 25 de setiembre». Pero no dije nada de eso. No dije nada. Y no tuve que emplear mucho esfuerzo en mantener el silencio porque de manera casi inmediata el director me extendió la mano y se despidió.

Seguí revisando los libros de Christian en la mesa. Había un ejemplar de 1973 (séptima impresión) de *Redoble por Rancas*, de Manuel Scorza, en buen estado por diez soles y pensaba comprarlo para un regalo. También estaba revisando la edición de la Universidad Católica del Perú del 2003 de *Autógrafos olvidados* de Vallejo.

Christian me presentó a un oficial de la municipalidad. Las conversaciones, o las mías por lo menos, casi siempre van por camino natural (como el agua en bajada) a la política, y en el Perú de

esos días la política solía consistir en dos temas de debate: la corrupción y la guerra. El solo hecho de escribir «la guerra» y no «el terrorismo» ya me posiciona, de cierto modo, en el debate. Entonces, en algún momento del monólogo extenso y, al parecer, inspirado, del oficial de la municipalidad, este dijo, a propósito de las masacres realizadas por policías y soldados que yo había cuestionado:

—Bueno, es que el delincuente no juega con las mismas reglas. Si vamos a jugar cualquier juego tú y yo, cartas o lo que sea, tenemos que usar las mismas reglas, ¿verdad? —Yo no dije nada—. Bueno, los criminales no siguen las reglas. Entonces, si la policía se mantiene atada por las reglas, las leyes y los derechos humanos, jamás podrán abatir a los criminales.

Aquí cometí el gran error de decirle que según su misma lógica una persona, en términos jurídicos, digamos un ciudadano o una ciudadana, enfrentando casos donde la policía mata, roba o extorsiona —es decir, cuando la policía «no juega con las mismas reglas»— entonces, esa ciudadana tendría que igual abandonar a las leyes y los derechos humanos (de la policía) para hacer justicia. ¿No?

—Lo que pasa —me dijo— es que en el Perú la policía no mata. Si mata lo mandan preso.

Decidí no decir nada. El oficial de la municipalidad se explayó en otro monólogo sobre la justicia, la policía, las leyes, la historia de Trujillo, los tres diferentes tipos de gemelos que existen en el mundo y unas cuantas cosas más. Ese monólogo duró una media hora durante la cual me cuestionaba: ¿por qué estoy siendo «educado» escuchándolo? ¿Por qué no le digo que si quiere dar cátedra mejor buscar plaza en la universidad?

Cuando por fin se fue el oficial de la municipalidad, Christian me presentó —«John, de Houston», no tengo idea de dónde sacó Houston— a una mujer diciendo que ella era la persona encargada de planear los eventos del Bicentenario de la Independencia de la Ciudad de Trujillo. Ella me habló en inglés y yo le contesté en castellano. En pocos minutos me hizo saber que estudió en Austin,

vivió en San Francisco y tiene hijos y familiares que estudian en la Universidad de Chicago y la Universidad de California, Berkeley. En algún momento me dijo: «Aquí tienes que tener cuidado, mucho cuidado. Hay muchos venezolanos».

Debí de haber hecho alguna mueca de asco o de rabia porque cambió de tono y dijo: «No son malas personas, pero no tienen que comer y no pueden volver a su país porque ahí los meten en la cárcel».

—Qué feo —le dije en referencia a lo que ella estaba diciendo, pero con algo de ambigüedad, al parecer, porque ella pensó que lo decía en referencia a la situación que se enfrentaban los venezolanos.

Era el momento de irme. Un segundo monólogo de derechas no quería escuchar. Me despedí y le dije a Christian que pasaría luego. Ya eran más de las once y los estudiosos de Vallejo no habían llegado.

Pasé el día leyendo *César Vallejo: dolor y poesía* de Armando Bazán y escribiendo estas líneas en el diario. También pasé por la Sala César Vallejo de la Casa de la Emancipación donde vi la exposición de libros de y sobre Vallejo.

Tengo que escribir un ensayo para la exposición de Ai Weiwei en el Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) en México. (Es una larga historia.) También debo avanzar con la traducción del libro de Julián. Tengo muchísimos correos que no he contestado. Quiero leer todos los libros de y sobre Vallejo que traje desde Lima. Y se supone que iba a escribir una novela corta en este viaje.

No sé qué horas son. Ya no hay ningún otro cliente en el Museo Bar Café. Pedí una cerveza y me dijeron que se habían agotado.

—¿Un agua mineral helada?

—Tampoco.

—¿Un vaso de agua?

—Sí.

(En el Perú para pedir algo «frío» lo piden «helado». Cuando se me olvida eso y pido por ejemplo una bebida fría, siempre me corrigen y dicen «¿helada?»; y entonces me acuerdo y digo «sí, sí, helada»).

Después de un rato fui a ver la carta.

—¿Una copa de vino tinto?

—Solamente vendemos vino por botella.

—¿Un vaso de chicha morada?

—Ya no nos queda.

—Bueno —dije, rendido—. ¿Un expreso?

—Sí.

Tomé el café y terminé de leer el libro de Armando Bazán. No tengo idea qué tan confiable sea. Bazán escribe que conoció a Vallejo en Lima «pasajeramente, en el año 1923», y que lo trató «con frecuencia en París y Madrid entre los años 1928 y 1936». Pero la mayor parte de su libro retrata momentos de la vida de Vallejo antes de 1928. Hay varios momentos terribles en lo que escribe Bazán. Por ejemplo, sobre el Café La Rotonde, apunta: «Este café, situado en el centro de Montparnasse, se había hecho ya punto obligatorio de reunión de escritores, artistas cosmopolitas, mujeres bonitas de barata sonrisa y otros personajes más o menos pintorescos» (64-65). La patética misoginia de hombres «escritores y artistas» y mujeres «bonitas de barata sonrisa»... Otro ejemplo, el exotismo con que escribe sobre los rasgos indígenas de Vallejo: «La expresión triunfal de Vallejo de aquel instante era la de un inca avanzando a presidir la siembra, la dorada cosecha del maíz» (83). Pero también cuenta algunas anécdotas de Vallejo en París, como cuando se negó a saludar a Miguel de Unamuno en el Café La Rotonde diciendo, según Bazán, «si desdeñaba a Rubén [Darío] porque le veía la pluma india debajo del sombrero, es fácil deducir lo que sentiría por mí, que llevo sombrero entero de plumas...» (66). Y leer el poema citado en el libro, «Los desgraciados», en el contexto de la lectura de esas historias...

Anoche me preguntaron: «¿Por qué te gusta la poesía de Vallejo? ¿Qué fue lo que te llamó la atención al leerlo?».

Luché tanto por encontrar un lenguaje de respuesta, como si me hubieran preguntado: ¿Por qué te gusta vivir? ¿Qué es lo que te llama la atención de la vida?

Trujillo, Perú
29 de diciembre de 2018

Me quedé leyendo hasta las 2:30 de la madrugada y me levanté a las 7:30. Estoy leyendo *Trilce*. Acabo de leer:

que hoy otra vez olvida dar los buenos días
esos sus días, buenos con b de baldío.

Bajé a pagar la habitación de ayer y de hoy. La mujer que trabaja en el hostel me preguntó si venía a hacer algún trabajo. Le comenté que iba a Santiago de Chuco y después de unos días o semanas me iba a volver a Trujillo. Me preguntó qué día volvería y le dije que todavía no lo sabía.

—Bueno, ya tienes el número de teléfono —me dijo—. Un día antes de venir llámame para reservar tu habitación. Como habrás visto, por las fechas, estamos llenos. Y, ¿a qué vas a Santiago?

—Por César Vallejo —le contesté y se le iluminó el rostro.

—¡César Vallejo! ¿Y cómo diste con la poesía de Vallejo?

—La primera vez fue en una antología de poesía traducida al inglés que leí hace muchos años.

—Yo también amo a Vallejo. Desde que me hicieron recitar el poema «Masa» amo a César Vallejo. Ah, qué bien. Me da mucho

Kennedy y llegué temprano. Miguel Pachas, el autor de una biografía de Georgette de Vallejo y la nueva biografía de César Vallejo que compré en Santiago de Chuco y regalé a Nancy, presentó el libro. Había unas doce personas en el público al inicio de la presentación. Miguel Pachas empezó diciendo que se alegra de ver obras sobre Vallejo publicadas aquí en el Perú. «Antes venían del extranjero», dijo. Pero, siguió, en los anteriores trabajos sobre Vallejo había un vacío y ese vacío era el humanismo de Vallejo, la filosofía de Vallejo, aún más importante ahora en estos tiempos de deshumanización.

—Vallejo fue un comunista que amaba al hombre y la justicia —dijo—. Y Vallejo fue un artista revolucionario en el arte y en la práctica. Así como Nilton postula, considero que Vallejo fue un marxista antidogmático. Pero precisamente César Vallejo no es muy querido por las autoridades peruanas por ser marxista.

Contó que, en 1992, al centenario del nacimiento de Vallejo, pidieron a Alberto Fujimori que declarara el año en honor a Vallejo y que Fujimori dijo que no pudo nombrar un año por un comunista.

—Y es que al Vallejo marxista no lo quieren en el Perú, pero sí quieren al Vallejo poeta que nos habla de los heraldos negros.

Lima, Perú
2 de febrero de 2019

Mañana viajo. Mientras, otra cita de *El arte y la revolución*: «El pesimismo y la desesperación deben ser siempre etapas y no metas. Para que ellos agiten y fecunden el espíritu deben desenvolverse hasta transformarse en afirmaciones constructivas».

Y un poema:

Al cabo, por fin, por último,
torno, volví y acábome y os gimo, dándoos
la llave, mi sombrero, esta cartita para todos.
Al cabo de la llave está el metal en que aprendiéramos
a desdorar el oro, y está, al fin
de mi sombrero, este pobre cerebro mal peinado,
y, último vaso de humo, en su papel dramático,
yace este sueño práctico del alma.

¡Adiós, hermanos san pedros,
heráclitos, erasmos, espinosas!
¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!
¡Adiós, gobernadores en desorden!
¡Adiós, vino que está en el agua como vino!
¡Adiós, alcohol que está en la lluvia!

¡Adiós también, me digo a mí mismo,
adiós, vuelo formal de los milígramos!
¡También adiós, de modo idéntico,
frío del frío, frío del calor!
Al cabo, al fin, por último, la lógica,
los linderos del fuego,
la despedida recordando aquel adiós.

12 de octubre de 1937

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que conversaron conmigo. A Daniela Rea, Alicia Cárdenas, Amelia Canales, Juan Felipe Guzmán Cuevas, Fernando Lobo, Jonathan Cole, Bill Fisher, Diego Osorno, Manuel Rozental, Poty Foronda y Majo Delgadillo, mi corazón, por sus lecturas y comentarios. A Pere Ortín por todos los abrazos y libros en Barcelona y por albergar algunas páginas de este diario en la versión digital de la revista *Altair*. A Julián Lacalle por darle una casa a esta extraña búsqueda y por ser tan compañero, tan hermosamente compañero.

ESTE DIARIO fue pasado a la computadora, revisado y corregido mientras sonaban, una y otra vez, los discos *Cantos eternos* de Miguel Mansilla Guevara y *Cincelando cantos... Otra vez* del Dúo Arguedas.

BIBLIOGRAFÍA

- PABLO ABRIL DE VIVERO. *Cartas: 114 cartas de César Vallejo a Pablo Abril de Vivero*. Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1975.
- XAVIER ABRIL. *Vallejo*. Ediciones Front, 1958.
- ARMANDO BAZÁN. *César Vallejo: dolor y poesía*. Ediciones de la Biblioteca Universitaria, edición revisada sin fecha.
- R.K. BRITTON. *The Poetic and Real Worlds of César Vallejo: A Struggle Between Art and Politics (1892-1938)*. Sussex Academic Press, 2017.
- MICHELLE CLAYTON. *Poetry in pieces: César Vallejo and lyric modernity*. University of California Press, 2011.
- ANDRÉS COYNÉ. *César Vallejo*. Ediciones Nueva Visión, 1968.
- JUAN ESPEJO ASTURRIZAGA. *César Vallejo: itinerario del hombre, 1892-1923*. Librería-Editorial Juan Mejía Baca, 1965.
- ÁNGEL FLORES. *Aproximaciones a César Vallejo, Tomo I*. Las Américas. 1971.
- ÁNGEL FLORES. *César Vallejo: síntesis biográfica, bibliografía e índice de poemas*. La Red de Jonás, 1982.
- JEAN FRANCO. *César Vallejo: the dialectics of poetry and silence*. Cambridge University Press, 1976.
- GUSTAVO GORRITI. *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*. Planeta: 2017.
- STEPHEN M. HART. *César Vallejo: A literary biography*. Tamesis, 2013.
- JAMES HIGGINS. *Visión del hombre y de la vida en las últimas obras poéticas de César Vallejo*. Siglo Veintiuno Editores, 1970.

- FRANCISCO IZQUIERDO RÍOS. *César Vallejo y su tierra. Tercera edición aumentada*. Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1972.
- JUAN LARREA. *Al amor de Vallejo*. Pre-Textos, 1980.
- LUIS MONGUIÓ. *César Vallejo: vida y obra*. Editora Perú Nuevo, 1952.
- ERNESTO MORE. *Vallejo, en la encrucijada del drama peruano*. Librería y Distribuidora Bendezu, 1968.
- GERMÁN PATRÓN CANDELA. *El Proceso Vallejo*. Universidad Nacional de Trujillo, 1992.
- PRAMOEDYA ANANTA TOER. *Child of All Nations*. Penguin, 1996.
- CÉSAR VALLEJO. *El Tungsteno*. Cenit, 1931.
- CÉSAR VALLEJO. *Fabla salvaje*. Editorial Gráfica Labor, 1965.
- CÉSAR VALLEJO. *Rusia en 1931*. Editorial Gráfica Labor, 1965.
- CÉSAR VALLEJO. *Rusia ante el segundo plan quinquenal*. Editorial Gráfica Labor, 1965.
- CÉSAR VALLEJO. *Novelas y cuentos completos*. Francisco Moncloa Editores, 1970.
- CÉSAR VALLEJO. *El arte y la revolución*. Mosca Azul Editores, 1973.
- CÉSAR VALLEJO. *Contra el secreto profesional*. Mosca Azul Editores, 1973.
- CÉSAR VALLEJO. *Teatro completo, tomo I*. Pontificia Universidad Católica del Perú, 1979.
- CÉSAR VALLEJO. *Teatro completo, tomo II*. Pontificia Universidad Católica del Perú, 1979.
- CÉSAR VALLEJO. *Crónicas, tomo I: 1915-1926*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- CÉSAR VALLEJO. *Crónicas, tomo II: 1927-1938*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- CÉSAR VALLEJO. *Obra poética*. Colección Archivos, 1988.
- CÉSAR VALLEJO. *Correspondencia completa*. Pre-Textos, 2011.
- CÉSAR VALLEJO. *Poesía completa*. Seix Barral, 2018.
- GEORGETTE DE VALLEJO. «Apuntes biográficos», en *César Vallejo, obras completas*, 3. Editorial Laia, 1977.
- GEORGETTE DE VALLEJO. *Vallejo: allá ellos, allá ellos, allá ellos!* Editorial Zalvac, 1978.
- ANTONIO ZAPATA. *La guerra senderista: hablan los enemigos*. Debolsillo, 2017.